

La Fábula del Dragón Tirano

Nick Bostrom
Oxford University
www.nickbostrom.com

Piero Gayozzo (traducción)
Asociación Secular Humanista del Perú
ssh.org.pe

Fabrizio López de Pomar (traducción)
Asociación Peruana de Ateos (APERAT)
aperat.org.pe

Publicado originalmente en el *Journal of Medical Ethics*, 2005, Vol. 31, No. 5, pp 273–277.

Formatos: [HTML](#), [PDF](#)

Hace mucho tiempo, el planeta fue tiranizado por un dragón gigante. El dragón era más alto que la catedral más grande y estaba cubierto de gruesas escamas negras. Sus ojos rojos brillaban con odio, y de sus terribles mandíbulas fluía una corriente incesante de mucosa verde amarillento maloliente. Exigía a la humanidad un tributo espeluznante: para satisfacer su enorme apetito, diez mil hombres y mujeres tenían que ser entregados cada día, al inicio del anochecer y al pie de la montaña donde vivía el dragón. A veces, el dragón devoraba estas almas desafortunadas al llegar; otras, los encerraba de nuevo en la montaña, donde se marchitaban durante meses o años antes de que finalmente fueran consumidos.

La miseria infligida por el tirano dragón fue incalculable. Además de los diez mil que eran horriblemente sacrificados cada día, estaban las madres, padres, esposas, esposos, hijos, hijas y amistades que se quedaron atrás para llorar la pérdida de sus seres queridos fallecidos.

Algunas personas intentaron luchar contra el dragón, pero era difícil decir si eran valientes o tontos. Los sacerdotes y los magos lanzaron maldiciones, sin resultado. Los guerreros, armados con valentía rugiente y las mejores armas

que los herreros podían producir, lo atacaron, pero fueron incinerados por su fuego antes de acercarse lo suficiente para golpearlo. Los químicos elaboraron brebajes tóxicos y engañaron al dragón para que se los tragara, pero el único efecto aparente fue estimular aún más su apetito. Las garras, las mandíbulas y el fuego del dragón eran tan efectivos, su armadura escamosa tan inexpugnable y toda su naturaleza tan robusta, que lo hacían invencible a cualquier asalto humano.

Al ver que derrotar al tirano era imposible, los humanos no tuvieron más remedio que obedecer sus órdenes y pagar el espeluznante tributo. Las víctimas mortales seleccionadas fueron siempre ancianos. Aunque las personas mayores eran tan vigorosas y saludables como los jóvenes, y en ocasiones más sabias, se pensaba que al menos ya habían disfrutado de algunas décadas de vida. Los ricos podrían obtener un breve respiro sobornando a los grupos de presión que fueran a buscarlos; pero, por ley constitucional, nadie, ni siquiera el propio rey, podía posponer su turno indefinidamente.

Los hombres espirituales buscaban consolar a aquellos que tenían miedo de ser devorados por el dragón (que incluía a casi todos, aunque muchos lo negaban en público) prometiéndoles otra vida después de la muerte, una vida libre del azote del dragón. Otros oradores argumentaron que el dragón tiene su lugar en el orden natural y el derecho moral a ser alimentado. Dijeron que era parte del significado mismo de ser humano terminar en el estómago del dragón. Otros aún sostenían que el dragón era bueno para la especie humana porque mantenía bajo el tamaño de la población. No se sabe hasta qué punto estos argumentos convencieron a las almas preocupadas. La mayoría de las personas intentaron arreglárselas sin pensar en el sombrío final que les esperaba.

Durante muchos siglos continuó esta situación desesperada. Ya nadie contaba más el número de muertos acumulado, ni el número de lágrimas derramadas por los desamparados. Las expectativas se habían ido ajustando gradualmente y el dragón tirano se había convertido en una realidad. En vista de la evidente futilidad de la resistencia, los intentos de matar al dragón habían cesado. En cambio, los esfuerzos ahora se centraron en aplacarlo. Si bien el dragón ocasionalmente atacaba las ciudades, se encontró que la entrega puntual de su cuota de vidas a la montaña reducía la frecuencia de estas incursiones.

Sabiendo la gente que su turno de convertirse en comida de dragón era siempre inminente, empezaron a tener hijos antes y con más frecuencia. No era raro que una niña estuviera embarazada antes de cumplir los dieciséis años. Las parejas a menudo engendraban una docena de hijos. De este modo, se evitó que la población humana se redujera, y se evitó que el dragón pasara hambre.

En el transcurso de estos siglos, el dragón, al estar bien alimentado, creció lenta pero constantemente. Se había vuelto casi tan grande como la montaña en la que vivía. Y su apetito había aumentado proporcionalmente. Diez mil cuerpos humanos ya no eran suficientes para llenar su vientre. Ahora exigía ochenta mil, para ser entregados al pie de la montaña todas las tardes al anochecer.

Lo que ocupaba la mente del rey más que las muertes y el dragón mismo era la logística de recolectar y transportar a tanta gente a la montaña todos los días. Esto no era una tarea fácil.

Para facilitar el proceso, el rey hizo construir una vía férrea: dos líneas rectas de acero reluciente que conducían a la morada del dragón. Cada veinte minutos, un tren llegaba a la terminal de la montaña abarrotado de gente y regresaba vacío. En las noches de luna, los pasajeros que viajan en este tren, si hubieran tenido ventanas por las que asomar la cabeza, habrían podido ver frente a ellos la doble silueta del dragón y de la montaña, y dos ojos rojos brillantes, como los rayos de un par de faros gigantes, señalando el camino hacia la aniquilación.

El rey contrataba a un gran número de sirvientes para administrar el tributo. Había registradores que llevaban la cuenta de a quién le tocaba ser enviado. Había recolectores de personas que eran enviados en carros especiales para buscar a las personas designadas. A menudo, viajando a una velocidad vertiginosa, apresuraban su carga a una estación de tren o directamente a la montaña. Había empleados que administraban las pensiones pagadas a las familias diezmadas que ya no podían mantenerse por sí mismas. Había consoladores que viajaban con los condenados en su camino hacia el dragón, tratando de aliviar su angustia con bebidas y drogas.

Además, hubo un grupo de dragonólogos que estudiaron cómo estos procesos logísticos podrían hacerse más eficientes. Algunos dragonólogos también realizaron estudios de la fisiología y el comportamiento del dragón, y recolectaron muestras: sus escamas, la mucosa que babeaba de sus mandíbulas, sus dientes perdidos y sus excrementos, que estaban salpicados de fragmentos de hueso humano. Todos estos elementos fueron cuidadosamente anotados y archivados. Cuanto más se entendía a la bestia, más se confirmaba la percepción general de su invencibilidad. Sus escamas negras, en particular, eran más duras que cualquier material conocido por el hombre, y no parecía haber forma de hacer ni un rasguño en su armadura.

Para financiar todas estas actividades, el rey gravó fuertes impuestos a su pueblo. Los gastos relacionados con el dragón, que ya representaban una séptima parte de la economía, estaban creciendo incluso más rápido que el propio dragón.

La humanidad es una especie curiosa. De vez en cuando, alguien tiene una buena idea. Otros copian la idea y le agregan sus propias mejoras. Con el tiempo, se desarrollan muchas herramientas y sistemas maravillosos. Algunos de estos dispositivos (calculadoras, termómetros, microscopios y los viales de vidrio que los químicos usan para hervir y destilar líquidos) sirven para facilitar la generación y prueba de nuevas ideas, incluidas las que aceleran el proceso de generación de ideas.

Así, la gran rueda de la invención, que había girado a un ritmo casi imperceptiblemente lento en las edades más antiguas, comenzó a acelerarse gradualmente.

Los sabios predijeron que llegaría el día en que la tecnología permitiría a los humanos volar y hacer muchas otras cosas asombrosas. Uno de los sabios, a quien algunos de los otros sabios tenían en alta estima, pero cuyos modales excéntricos lo habían convertido en un paria social y un solitario, llegó a predecir que la tecnología eventualmente haría posible la construcción de un artilugio que podría matar el dragón-tirano.

Los eruditos del rey, sin embargo, rechazaron estas ideas. Dijeron que los humanos eran demasiado pesados para volar y, en cualquier caso, carecían de plumas. Y en cuanto a la idea imposible de que se pudiera matar al dragón-tirano, los libros de historia relatan cientos de intentos para hacer precisamente eso, ninguno de los cuales había tenido éxito. “Todos sabemos que este hombre tenía algunas ideas irresponsables”, escribió más tarde un académico en el obituario del sabio solitario que para entonces había sido enviado a ser devorado por la bestia cuya desaparición había predicho, “pero sus escritos fueron bastante entretenido y tal vez deberíamos estar agradecidos con el dragón por hacer posible el interesante género de literatura sobre ataques de dragones que revela tanto sobre la cultura de la angustia”.

Mientras tanto, la rueda de la invención seguía girando. Meras décadas después, los humanos volaron y lograron muchas otras cosas asombrosas.

Algunos dragonólogos iconoclastas comenzaron a abogar por un nuevo ataque contra el dragón-tirano. Matar al dragón no sería fácil, dijeron, pero si se pudiera inventar algún material que fuera más duro que la armadura del dragón, y si este material pudiera convertirse en algún tipo de proyectil, entonces tal vez la hazaña sería posible. Al principio, las ideas de los iconoclastas fueron rechazadas por sus pares dragonólogos con el argumento de que ningún material conocido era más duro que las escamas de dragón. Pero después de trabajar en el problema durante muchos años, uno de los iconoclastas logró demostrar que una escama de dragón podía ser perforada por un objeto hecho de cierto material compuesto. Muchos dragonólogos que antes se habían mostrado escépticos ahora se unieron a los iconoclastas. Los ingenieros calcularon que se podría fabricar un enorme proyectil de este material y lanzarlo con la fuerza suficiente para penetrar la armadura del dragón. Sin embargo, la fabricación de la cantidad necesaria de material compuesto sería cara.

Un grupo de varios ingenieros y dragonólogos eminentes envió una petición al rey pidiendo fondos para construir el proyectil anti-dragón. En el momento en que se envió la petición, el rey estaba preocupado por llevar a su ejército a la guerra contra un tigre. El tigre había matado a un granjero y posteriormente desapareció en la jungla. Había un temor generalizado en el campo de que el tigre pudiera salir y atacar de nuevo. El rey rodeó la jungla y ordenó a sus tropas que comenzaran a abrirse paso a tajos. Al concluir la campaña, el rey pudo anunciar que los 163 tigres de la jungla, incluido presumiblemente el asesino, habían sido perseguidos y asesinados. Sin embargo, durante el tumulto de la guerra, la petición se había perdido u olvidado.

Por tanto, los peticionarios enviaron otro llamamiento. Esta vez recibieron una respuesta de uno de los secretarios del rey diciendo que el rey consideraría su solicitud después de que terminara de revisar el presupuesto anual destinado a los gastos relacionados al dragón. El presupuesto de este año fue el más grande hasta la fecha e incluyó fondos para una nueva vía férrea a la montaña. Se consideró necesaria una segunda pista, ya que la pista original ya no podía soportar el tráfico creciente (el tributo exigido por el dragón-tirano había aumentado a cien mil seres humanos, que debían ser entregados al pie de la montaña todas las tardes al anochecer). Cuando finalmente se aprobó el presupuesto llegaron informes de una parte remota del país en donde una aldea estaba sufriendo una plaga de serpientes cascabel. El rey tuvo que marcharse urgentemente para movilizar a su ejército y partir para derrotar esta nueva amenaza. La apelación de los anti-dragonistas fue archivada en un armario polvoriento en el sótano del castillo.

Los anti-dragonistas se reunieron nuevamente para decidir qué hacer. El debate fue animado y continuó hasta bien entrada la noche. Casi amaneció cuando finalmente resolvieron llevar el asunto a la gente. Durante las siguientes semanas, viajaron por todo el país, dieron conferencias públicas y explicaron su propuesta a todos los que quisieran escuchar. Al principio, la gente se mostró escéptica. En la escuela les habían enseñado que el dragón-tirano era invencible y que los sacrificios que exigía debían ser aceptados como una realidad. Sin embargo, cuando se enteraron del nuevo material compuesto y de los diseños del proyectil, muchos se sintieron intrigados. En cantidades cada vez mayores, los ciudadanos acudieron en masa a las conferencias antidragonistas. Los activistas comenzaron a organizar manifestaciones públicas en apoyo de la propuesta.

Cuando el rey leyó sobre estas reuniones en el periódico, convocó a sus consejeros y les preguntó qué pensaban al respecto. Le informaron sobre las peticiones que se habían enviado, pero le dijeron que los antidragonistas eran alborotadores cuyas enseñanzas estaban causando disturbios públicos. Era mucho mejor para el orden social, dijeron, que la gente aceptara la inevitabilidad del tributo del dragón-tirano. La administración del dragón proporcionó muchos trabajos que se perderían si el dragón fuera sacrificado. No hubo ningún bien social conocido proveniente de la conquista del dragón. En cualquier caso, las arcas del rey estaban prácticamente vacías tras las dos campañas militares y la financiación reservada para la segunda línea de ferrocarril. El rey, que en ese momento disfrutaba de gran popularidad por haber vencido la infestación de serpientes de cascabel, escuchó los argumentos de sus asesores, pero le preocupaba que pudiera perder parte de su apoyo popular si ignoraba la petición anti-dragonista. Por tanto, decidió celebrar una audiencia pública. Se invitó a asistir a los principales dragonólogos, ministros del estado y miembros del público interesados.

El encuentro tuvo lugar el día más oscuro del año, justo antes de las vacaciones de Navidad, en el salón más grande del castillo real. El salón estaba lleno hasta el último asiento y la gente se apiñaba en los pasillos. El estado de ánimo estaba cargado de una seria intensidad que normalmente se reservaba para las sesiones

fundamentales de la guerra.

Después de que el rey dio la bienvenida a todos, le dio la palabra al científico líder detrás de la propuesta anti-dragonista, una mujer con una expresión seria, casi severa en su rostro. Procedió a explicar en un lenguaje claro cómo funcionaría el dispositivo propuesto y cómo se podría fabricar la cantidad necesaria del material compuesto. Dada la cantidad de financiación solicitada, debería ser posible completar el trabajo en quince a veinte años. Con una cantidad aún mayor de fondos, podría ser posible hacerlo en tan solo doce años. Sin embargo, no puede haber garantía absoluta de que funcione. La multitud siguió su presentación con atención.

El siguiente en hablar fue el consejero principal de moralidad del rey, un hombre con una voz retumbante que llenaba fácilmente el auditorio:

“Concedamos que esta mujer tiene razón sobre la ciencia y que el proyecto es tecnológicamente posible, aunque no creo que eso haya sido probado. Ahora desea que nos deshagamos del dragón. Presumiblemente, cree que tiene derecho a no ser mordida por el dragón. Qué voluntarioso y presuntuoso. La finitud de la vida humana es una bendición para cada individuo, lo sepa o no. Deshacerse del dragón, que podría parecer una cosa tan conveniente de hacer, socavaría nuestra dignidad humana. La preocupación por matar al dragón nos desviará de realizar más plenamente las aspiraciones a las que apuntan nuestras vidas de forma natural, se pasará de vivir bien a simplemente seguir vivos. Es degradante, sí degradante, que una persona quiera continuar su vida mediocre durante el mayor tiempo posible sin preocuparse por algunas de las cuestiones más importantes sobre para qué se utilizará la vida. Pero les digo que la naturaleza del dragón es comer a los humanos, y nuestra propia naturaleza se cumple verdadera y noblemente solo al ser devorada por ella ...”.

El público escuchó con respeto a este orador sumamente condecorado. Las frases eran tan elocuentes que era difícil resistir la sensación de que algunos pensamientos profundos debían acechar detrás de ellas, aunque nadie podía comprender lo que eran. Seguramente, las palabras que provienen de un designado tan distinguido del rey deben tener una sustancia profunda.

El siguiente orador en la fila era un sabio espiritual que era ampliamente respetado por su bondad y gentileza, así como por su devoción. Mientras caminaba hacia el podio, un niño pequeño gritó entre la audiencia: “¡El dragón es malo!”.

Los padres del niño se pusieron rojos y comenzaron a callar y regañar al niño. Pero el sabio dijo: “Deja que el niño hable. Probablemente sea más sabio que un viejo tonto como yo”.

Al principio, el niño estaba demasiado asustado y confundido para moverse. Pero cuando vio la sonrisa genuinamente amistosa en el rostro del sabio y la mano extendida, la tomó obedientemente y siguió al sabio hasta el podio.

“Ahora, hay un hombrecito valiente”, dijo el sabio.

“¿Le tienes miedo al dragón?”.

“Quiero a mi abuela de vuelta”, dijo el niño.

“¿El dragón se llevó a tu abuela?”.

“Sí”, dijo el niño, con lágrimas en sus grandes ojos asustados. “La abuela prometió que me enseñaría a hornear galletas de jengibre para Navidad. Ella dijo que haríamos una casita con pan de jengibre y pequeños hombres de pan de jengibre que vivirían en ella. Luego vinieron esas personas vestidas de blanco y se llevaron a la abuela con el dragón ... El dragón es malo y se come a la gente ... ¡Quiero a mi abuela de vuelta!”.

En este punto, el niño estaba llorando tan fuerte que el sabio tuvo que devolverlo a sus padres. Había varios otros oradores esa noche, pero el simple testimonio del niño había perforado el globo retórico que los ministros del rey habían intentado inflar. La gente respaldaba a los antidragonistas y, al final de la velada, incluso el rey había llegado a reconocer la razón y la humanidad de su causa. En su declaración final, simplemente dijo: “¡Hagámoslo!”.

A medida de que se difundió la noticia, estallaron celebraciones en las calles. Aquellos que habían estado haciendo campaña a favor de los anti-dragonistas brindaron unos por otros y bebieron por el futuro de la humanidad.

A la mañana siguiente, mil millones de personas se despertaron y se dieron cuenta de que su turno para ser enviados al dragón llegaría antes de que se completara el proyectil. Se alcanzó un punto de inflexión. Mientras que antes, el apoyo activo a la causa anti-dragonista se había limitado a un pequeño grupo de visionarios, ahora se convirtió en la prioridad y preocupación número uno en la mente de todos. La noción abstracta de “la voluntad general” adquirió una intensidad y concreción casi tangibles. Las manifestaciones masivas recaudaron dinero para el proyecto del proyectil e instaron al rey a aumentar el nivel de apoyo estatal. El rey respondió a estos llamamientos. En su discurso de Año Nuevo, anunció que aprobaría un proyecto de ley de asignaciones adicionales para apoyar el proyecto con un alto nivel de financiamiento; además, vendería su castillo de verano y parte de su tierra y haría una gran donación personal. “Creo que esta nación debe comprometerse a lograr el objetivo, antes de que termine esta década, de liberar al mundo del antiguo flagelo del tirano-dragón”.

Así comenzó una gran carrera tecnológica contra el tiempo. El concepto de un proyectil anti-dragón era simple, pero hacerlo realidad requería soluciones a mil problemas técnicos más pequeños, cada uno de los cuales requería docenas de pasos y pasos en falso que consumían mucho tiempo. Se dispararon misiles de prueba, pero cayeron muertos al suelo o volaron en la dirección equivocada. En un trágico accidente, un misil descarriado aterrizó en un hospital y mató a varios cientos de pacientes y personal. Pero ahora había una verdadera seriedad de propósito, y las pruebas continuaron incluso mientras los cadáveres estaban siendo desenterrados de entre los escombros.

A pesar de la financiación casi ilimitada y el trabajo ininterrumpido de los

técnicos, no se pudo cumplir con el plazo del rey. La década concluyó y el dragón todavía estaba vivo y coleando. Pero el esfuerzo se estaba acercando. Se había probado con éxito un prototipo de misil. La finalización de la producción del núcleo, hecho del costoso material compuesto, estaba programada para coincidir con el acabado de la cubierta del misil completamente probado y depurado en la que se iba a cargar. La fecha de lanzamiento se fijó para la víspera de Año Nuevo del año siguiente, exactamente doce años después de la inauguración oficial del proyecto. El regalo de Navidad más vendido ese año fue un calendario que contaba los días hasta el tiempo cero, y las ganancias se destinaban al proyecto del misil.

El rey había sufrido una transformación personal de su anterior yo frívolo e irreflexivo. Ahora pasaba todo el tiempo que podía en los laboratorios y las plantas de fabricación, animando a los trabajadores y elogiando su trabajo. A veces traía un saco de dormir y pasaba la noche en el piso de una máquina ruidosa. Incluso estudió e intentó comprender los aspectos técnicos de su trabajo. Sin embargo, se limitó a brindar apoyo moral y se abstuvo de inmiscuirse en asuntos técnicos y administrativos.

Siete días antes de Año Nuevo, la mujer que había defendido el proyecto casi doce años antes y ahora era su directora ejecutiva, llegó al castillo real y solicitó una audiencia urgente con el rey. Cuando el rey recibió su nota, se disculpó ante los dignatarios extranjeros a quienes agasajó a regañadientes en la cena anual de Navidad y se apresuró a dirigirse a la sala privada donde esperaba la científica. Como siempre últimamente, estaba pálida y gastada por sus largas horas de trabajo. Esta noche, sin embargo, el rey también pensó que podía detectar un rayo de alivio y satisfacción en sus ojos.

Ella le dijo que el misil había sido desplegado, el núcleo había sido cargado, todo había sido revisado tres veces, que estaban listos para lanzarse y que el rey diera su visto bueno final. El rey se hundió en un sillón y cerró los ojos. Estaba pensando mucho. Al lanzar el proyectil esta noche, una semana antes, se salvarían setecientas mil personas. Sin embargo, si algo salía mal, si fallara en su objetivo y golpeará la montaña, sería un desastre. Se tendría que construir un nuevo núcleo desde cero y el proyecto se retrasaría unos cuatro años. Se sentó allí, en silencio, durante casi una hora. Justo cuando la científica se convenció de que se había quedado dormido, abrió los ojos y dijo con voz firme: "No. Quiero que vuelvas al laboratorio. Quiero que revises y luego vuelvas a revisar todo de nuevo". La científica no pudo evitar que se le escapara un suspiro; pero ella asintió y se fue.

El último día del año fue frío y nublado, pero no hubo viento, lo que supuso buenas condiciones de lanzamiento. El sol se ponía. Los técnicos corrían por ahí haciendo los ajustes finales y revisando todo por última vez. El rey y sus asesores más cercanos observaban desde una plataforma cercana a la pista de lanzamiento. Más lejos, detrás de una valla, un gran número de personas se había reunido para presenciar el gran evento. Un gran reloj mostraba la cuenta atrás: faltaban cincuenta minutos.

Un consejero tocó al rey en el hombro y llamó su atención hacia la valla. Hubo algo de tumulto. Al parecer, alguien había saltado la valla y corría hacia la plataforma donde estaba sentado el rey. Seguridad lo alcanzó rápidamente. Lo esposaron y se lo llevaron. El rey volvió su atención a la plataforma de lanzamiento y a la montaña al fondo. Frente a él, podía ver el perfil oscuro y hundido del dragón. Estaba comiendo.

Unos veinte minutos después, el rey se sorprendió al ver al hombre esposado reaparecer a poca distancia de la plataforma. Le sangraba la nariz y lo acompañaban dos guardias de seguridad. El hombre parecía estar en un estado frenético. Cuando vio al rey, comenzó a gritar a todo pulmón: “¡El último tren! ¡El último tren! ¡Detén el último tren!”.

“¿Quién es este joven?” dijo el rey. “Su rostro me resulta familiar, pero no puedo ubicarlo del todo. ¿Qué es lo que quiere? Déjalo subir”.

El joven era un suboficial en el ministerio de transporte, y la razón de su frenesí fue que había descubierto que su padre estaba en el último tren a la montaña. El rey había ordenado que continuara el tráfico de trenes, temiendo que cualquier interrupción pudiera hacer que el dragón se moviera y abandonara el campo abierto frente a la montaña donde ahora pasaba la mayor parte del tiempo. El joven le rogó al rey que emitiera una orden de retiro del último tren, que debía llegar a la terminal de la montaña cinco minutos antes de la hora cero.

“No puedo hacerlo”, dijo el rey, “no puedo correr el riesgo”.

“Pero los trenes suelen tener un retraso de cinco minutos. ¡El dragón no se dará cuenta! ¡Por favor!”.

El joven estaba arrodillado ante el rey, implorándole que salvara la vida de su padre y la vida de los otros mil pasajeros a bordo del último tren.

El rey miró el rostro suplicante y ensangrentado del joven. Pero se mordió el labio y negó con la cabeza. El joven continuó llorando incluso cuando los guardias lo sacaron de la plataforma: “¡Por favor! ¡Detén el último tren! ¡Por favor!”.

El rey permaneció en silencio e inmóvil, hasta que, después de un rato, los lamentos cesaron repentinamente. El rey miró hacia arriba y miró el reloj de cuenta atrás: quedaban cinco minutos.

Cuatro minutos. Tres minutos. Dos minutos. El último técnico abandonó la rampa de lanzamiento.

30 segundos. 20 segundos. Diez, nueve, ocho ...

Cuando una bola de fuego envolvió la plataforma de lanzamiento y el misil salió disparado, los espectadores instintivamente se pusieron de puntillas y todos los ojos se fijaron en el extremo frontal de la llama blanca del postquemador del cohete que se dirigía hacia la montaña distante. Las masas, el rey, los bajos y los altos, los jóvenes y los viejos, era como si en este momento compartieran una

sola conciencia, una sola experiencia consciente: esa llama blanca, disparada hacia la oscuridad, encarnando el espíritu humano, su miedo y su esperanza ... golpeando el corazón del mal. La silueta en el horizonte cayó y cayó. Miles de voces de pura alegría se elevaron de las masas reunidas, unidas segundos después por un ruido sordo y ensordecedor del monstruo que colapsaba como si la Tierra misma estuviera dando un suspiro de alivio. Después de siglos de opresión, la humanidad finalmente se liberó de la cruel tiranía del dragón.

El grito de alegría se transformó en un canto de júbilo: “¡Viva el rey! ¡Vivan todos!” Los consejeros del rey, como todo el mundo aquella noche, estaban felices como niños; se abrazaron y felicitaron al rey.

Pero el rey respondió con voz quebrada: “Sí, lo hicimos, hoy matamos al dragón. Pero maldita sea, ¿por qué empezamos tan tarde? ¡Esto pudo haberse hecho hace cinco, quizás diez años! Millones de personas no hubieran tenido que morir”.

El rey bajó de la plataforma y se acercó al joven esposado, que estaba sentado en el suelo. Allí cayó de rodillas. “¡Perdóname! ¡Dios mío, perdóname!”

La lluvia comenzó a caer, en grandes y pesadas gotas, convirtiendo el suelo en barro, empapando la túnica púrpura del rey y disolviendo la sangre en el rostro del joven. “Siento mucho lo de tu padre”, dijo el rey.

“No es tu culpa”, respondió el joven. “¿Te acuerdas de hace doce años en el castillo? Ese niño llorando que quería que trajeras de vuelta a su abuela, ese era yo. Entonces no me di cuenta de que no podrías hacer lo que te pedí. Hoy quería que salvaras a mi padre. Sin embargo, era imposible hacer eso ahora, sin poner en peligro el lanzamiento. Pero me has salvado la vida, a mi madre y a mi hermana. ¿Cómo podremos agradecerte lo suficiente por eso?”

“Escúchalos”, dijo el rey, haciendo un gesto hacia la multitud. “Me están animando por lo que pasó esta noche. Pero el héroe eres tú. Tú gritaste. Nos reuniste contra el mal”. El rey hizo una señal a un guardia para que viniera y abriera las esposas. “Ahora, ve con tu madre y tu hermana. Usted y su familia siempre serán bienvenidos en la corte, y cualquier cosa que desee, si está en mi poder, se le concederá”.

El joven se fue, y el séquito real, acurrucado en el aguacero, se acumuló alrededor de su monarca que todavía estaba arrodillado en el barro. Entre la alta costura, cada vez más arruinada por la lluvia, un montón de rostros empolvados expresaban una superposición de alegría, alivio y desconcierto. Tantas cosas habían cambiado en la última hora: se había recuperado el derecho a un futuro abierto, se había abolido un miedo primordial y se habían anulado muchas suposiciones mantenidas durante mucho tiempo. Inseguros ahora acerca de lo que se requería de ellos en esta situación desconocida, se quedaron allí tentativamente, como si estuvieran investigando si el suelo aún resistiría, intercambiando miradas y esperando algún tipo de indicación.

Finalmente, el rey se levantó y se secó las manos a los lados de los pantalones.

“Su majestad, ¿qué hacemos ahora?” aventuró el cortesano de mayor rango.

“Mis queridos amigos”, dijo el rey, “hemos recorrido un largo camino ... sin embargo, nuestro viaje apenas ha comenzado. Nuestra especie es joven en este planeta. Hoy volvemos a ser como niños. El futuro se abre ante nosotros. Entraremos en este futuro y trataremos de hacerlo mejor de lo que lo hemos hecho en el pasado. Tenemos tiempo ahora: tiempo para hacer las cosas bien, tiempo para crecer, tiempo para aprender de nuestros errores, tiempo para el lento proceso de construcción de un mundo mejor y tiempo para asentarse en él. Esta noche, que todas las campanas del reino suenen hasta la medianoche, en recuerdo de nuestros antepasados muertos, y luego, después de la medianoche, celebremos hasta que salga el sol. Y en los próximos días ... ¡creo que tenemos que reorganizarnos!”

Moraleja

Las historias sobre el envejecimiento se han centrado tradicionalmente en la necesidad de un acuerdo elegante. La solución recomendada para la disminución del vigor y la muerte inminente fue la resignación junto con un esfuerzo por lograr un cierre en las actividades y las relaciones personales. Dado que no se podía hacer nada para prevenir o retrasar el envejecimiento, este enfoque tenía sentido. En lugar de preocuparse por lo inevitable, uno podía apuntar a la tranquilidad.

Hoy enfrentamos una situación diferente. Si bien todavía carecemos de medios eficaces y aceptables para ralentizar el proceso de envejecimiento¹, podemos identificar las direcciones de investigación que podrían conducir al desarrollo de tales medios en el futuro previsible. Las historias y las ideologías “mortuorias”, que aconsejan la aceptación pasiva [de la muerte], ya no son fuentes inofensivas de consuelo. Son barreras fatales para la acción que se necesita con urgencia.

Muchos tecnólogos y científicos distinguidos nos dicen que será posible retardar,

1 La restricción de calorías (una dieta baja en calorías, pero alta en nutrientes) extiende la vida útil máxima y retrasa la aparición de enfermedades relacionadas con la edad en todas las especies en las que se ha probado. Los resultados preliminares de un estudio en curso sobre macacos rhesus y ardilla muestran efectos similares. Parece bastante probable que la restricción de calorías también funcione para nuestra especie. Sin embargo, pocos humanos estarían dispuestos a someterse a una dieta de hambre de por vida. Algunos investigadores están buscando imitadores de restricción de calorías, compuestos que provocan los efectos deseables de una ingesta calórica reducida sin que tengamos que pasar hambre. (Véase, por ejemplo, Lane, M. et al. (1999) “Nutritional modulation of aging in nonhuman primates,” *J. Nutr. Health & Aging*, 3 (2): 69-76.)

y eventualmente detener y revertir, la senescencia humana². En la actualidad, hay poco acuerdo sobre la escala de tiempo o los medios específicos, ni hay consenso en que el objetivo sea alcanzable en principio. En relación con la fábula (donde el envejecimiento es, por supuesto, representado por el dragón), nos encontramos, por tanto, en una etapa entre aquella en la que el sabio solitario predijo la eventual desaparición del dragón y aquella en la que los dragonólogos iconoclastas convencieron a sus compañeros al mostrar un material compuesto que era más duro que las escamas de dragón.

El argumento ético que presenta la fábula es simple: hay razones morales obvias y convincentes para que la gente de la fábula se deshaga del dragón. Nuestra situación con respecto a la senescencia humana es muy análoga y éticamente isomórfica a la situación de la gente en la fábula con respecto al dragón. Por lo tanto, tenemos razones morales imperiosas para deshacernos de la senescencia humana.

El argumento no es a favor de la extensión de la vida útil per se. Agregar años adicionales de enfermedad y debilidad al final de la vida no tendría sentido. El argumento está a favor de extender, en la medida de lo posible, el alcance de la salud humana. Al ralentizar o detener el proceso de envejecimiento, se prolongaría la esperanza de vida de una persona sana. Los individuos podrían permanecer sanos, vigorosos y productivos a edades en las que de otro modo estarían muertos.

Además de esta moraleja general, hay una serie de lecciones más específicas:

(1) *Una tragedia recurrente se convirtió en un hecho de la vida, una estadística.* En la fábula, las expectativas de la gente se adaptaron a la existencia del dragón, hasta el punto de que muchos se volvieron incapaces de percibir su maldad. El envejecimiento también se ha convertido en un mero “hecho de la vida”, a pesar de ser la causa principal de una cantidad insondable de sufrimiento y muerte humanos.

(2) *Una visión estática de la tecnología.* La gente pensaba que nunca sería posible matar al dragón porque todos los intentos habían fracasado en el pasado. No tuvieron en cuenta el progreso tecnológico acelerado. ¿Un error similar nos lleva a subestimar las posibilidades de una cura para el envejecimiento?

(3) *La administración se convirtió en su propio objetivo.* Una séptima parte de la economía se destinó a la administración del dragón (que también es la

2 Una encuesta reciente en el 10º Congreso de la Asociación Internacional de Gerontología Biomédica reveló que la mayoría de los participantes pensaba que era probable o “no improbable” que el rejuvenecimiento funcional integral de los ratones de mediana edad fuera posible dentro de 10-20 años (de Gray, A. (2004), “Report of open discussion on the future of life extension research,” (*Annals NY Acad. Sci.*, 1019, en prensa)). Véase también, p. ej. de Gray, A., B. Ames, et al. (2002) “Time to talk SENS: critiquing the immutability of human aging,” *Increasing Healthy Life Span: Conventional Measures and Slowing the Innate Aging Process: Ninth Congress of the International Association of Biomedical Gerontology*, ed. D. Harman (*Annals NY Acad. Sci.* 959: 452-462); y Freitas Jr., R. A., *Nanomedicine*, vol. 1 (Landes Bioscience: Georgetown, TX, 1999).

fracción del PIB que EE.UU gasta en atención médica). La limitación de daños se convirtió en un enfoque tan exclusivo que hizo que las personas descuidaran la causa subyacente. En lugar de un programa de investigación masivo financiado con fondos públicos para detener el envejecimiento, gastamos casi todo nuestro presupuesto de salud en atención médica y en la investigación de enfermedades individuales.

(4) *El bien social se separó del bien para las personas.* Los consejeros del rey estaban preocupados por los posibles problemas sociales que podrían causar los antidragonistas. Dijeron que ningún bien social conocido vendría de la desaparición del dragón. Sin embargo, en última instancia, los órdenes sociales existen para el beneficio de las personas y, en general, es bueno para las personas si se salvan sus vidas.

(5) *La falta de sentido de la proporción.* Un tigre mató a un granjero. Una rumba de serpientes cascabel plagó una aldea. El rey se deshizo del tigre y de las serpientes cascabel, y de ese modo le prestó un servicio a su pueblo. Sin embargo, tuvo la culpa, porque se equivocó en sus prioridades.

(6) *Frases bonitas y retórica hueca.* El consejero de moralidad del rey habló elocuentemente sobre la dignidad humana y nuestra naturaleza como especie, en frases extraídas, en su mayoría textualmente, de los equivalentes contemporáneos del consejero³. Sin embargo, la retórica era una cortina de humo que ocultaba en lugar de revelar la realidad moral. El testimonio no articulado, pero honesto del niño, por el contrario, apunta al hecho central del caso: el dragón es malo; destruye a la gente. Esta es también la verdad básica sobre la senescencia humana.

(7) *No apreciar la urgencia.* Hasta muy tarde en la historia, nadie se dio cuenta del todo de lo que estaba en juego. Solo cuando el rey miró el rostro ensangrentado del joven suplicante, se asimila el alcance de la tragedia. La búsqueda de una cura para el envejecimiento no es solo una cosa agradable a la que quizás algún día deberíamos llegar. Es un imperativo moral urgente. Cuanto antes comencemos un programa de investigación enfocado, antes obtendremos resultados. Importa si obtenemos la cura en 25 años en lugar de en 24 años: una población mayor que la de Canadá moriría como resultado. En este asunto, el tiempo es igual a la vida, a una velocidad de aproximadamente 70 vidas por minuto. Con el contador marcando a un ritmo tan vertiginoso, deberíamos dejar de tontear.

(8) *“Y en los próximos días ... ¡creo que tenemos una reorganización que hacer!”* El rey y su pueblo enfrentarán algunos desafíos importantes cuando se recuperen de su celebración. Su sociedad ha sido tan condicionada y deformada por la presencia del dragón que ahora existe un vacío aterrador. Tendrán que trabajar creativamente, tanto a nivel individual como social, para desarrollar las condiciones que mantendrán vidas florecientes, dinámicas y significativas más

³ Ver, e.g. Kass, L. (2003) “Ageless Bodies, Happy Souls: Biotechnology and the Pursuit of Perfection,” *The New Atlantis*, 1.

allá de los habituales 70 años. Afortunadamente, el espíritu humano se adapta bien. Otro problema que eventualmente pueden enfrentar es la superpoblación. Quizás la gente tendrá que aprender a tener hijos más tarde y con menos frecuencia. Tal vez puedan encontrar formas de mantener a una población más grande mediante el uso de tecnologías más eficientes. Tal vez algún día desarrollen naves espaciales y comiencen a colonizar el cosmos. Podemos dejar, por ahora, a la gente de fábula longeva para lidiar con estos nuevos desafíos, mientras tratamos de hacer algunos progresos en nuestra propia aventura⁴.

⁴ Agradezco a muchas personas por sus comentarios sobre borradores anteriores, incluidos especialmente Heather Bradshaw, Roger Crisp, Aubrey de Gray, Katrien Devolder, Joel Garreau, John Harris, Andrea Landfried, Toby Ord, Susan Rogers, Julian Savulescu, Ian Watson y Kip Werking. También estoy muy agradecido con Adi Berman, Pierino Forno, Didier Coeurnelle y otros que han traducido la fábula a otros idiomas, y todos los que han ayudado a difundir la palabra o me han dado ánimos. ¡Gracias!